

REFLEXIONES SOCIOLOGICAS SOBRE EL ACTUAL EJERCICIO DEL MINISTERIO SACERDOTAL

*La sabiduría tiene algo de humilde,
crece por respeto al dato, sobre todo,
por el respeto a los límites humanos.*

G. von Rad

¿Por qué emprender una reflexión sociológica sobre el tema del ministerio sacerdotal? ¿No es éste un problema teológico?

Sin pretender aquí extenderme en el tratinado tema de las relaciones entre teología y ciencias sociales, quisiera anotar simplemente que la revelación y la teología tienen una limitación contextual. En cierta manera ellos son creación humana. Es, por tanto, inútil querer hacer la hermenéutica de una fe no sometida a la acción corrosiva de la historia. Y así como con la ciencia de la historia "exorcizamos" el pasado al hacernos conscientes de ciertos procesos, con elementos como los sociológicos tratamos de "exorcizar"

el presente, incluídos los presupuestos de nuestra propia crítica!

Para terminar esta breve "autojustificación" hago más las siguientes palabras de Andrew Greeley:

"Si el sociólogo es un hombre de fe, sabe que la Iglesia católica sobrevivirá a la mediocridad y la incompetencia de sus estructuras y de sus dirigentes, pero no verá ningún mérito especial en hacer que la tarea del Espíritu Santo resulte más difícil". (1)

CAMBIOS GLOBALES EN LA SOCIEDAD: su repercusión en las estructuras eclesiales y particularmente en el ministerio sacerdotal.

(1) *Sociología y estructura de la Iglesia, en "Concilium" 58 (1970) 175.*

Es una perogrullada advertir que dentro de una sociedad todo está en mutua interdependencia, y que cualquier cambio en un terreno comporta cambios en los demás. Ni la Iglesia como institución, ni sus estructuras sacerdotales, son ajenas a los cambios sociales, por la sencilla razón de que es de la sociedad de donde saca sus sacerdotes.

Enumeremos, pues, como marco de referencia, algunas tendencias de cambio que los científicos sociales detectan en los últimos años en el conjunto de la sociedad, y que me parece conveniente tener presente para el análisis de nuestro problema.

Estamos pasando:

- de una sociedad unitaria, jerárquica y estrictamente controlada a una sociedad pluralista y democrática;
- de una sociedad aristocrática a una sociedad igualitaria;
- de la competencia universal a la especialización;
- del gobierno "monárquico" a los órganos de gobierno, de ahí la importancia de los grupos de consultores y de especialistas;
- en fin, de una sociedad estable a una sociedad en cambio, lo que trae consigo
 - * la liberación de las iniciativas individuales;

- * la continua revisión de las normas de acción de cada organización;
- * la necesidad de la existencia de órganos de observación y revisión.

Al interior de la Iglesia católica este proceso de cambio ha tenido un punto crucial en el Concilio Vaticano II. Se produjo entonces un cambio de acento en la Iglesia. A nivel de contenidos se ha escrito mucho sobre este tema. Aquí sólo nos interesa verificar que después del Vaticano II se agudizó una crisis de identidad sacerdotal, y la crisis, que siempre había existido, cobró nuevos matices.

Los procesos de racionalización y especialización, y la secularización que de ellos se deriva, han ido minando poco a poco los poderes y los privilegios sociales del sacerdote.

En el último decenio se ha agudizado la crítica de la iglesia "constantiniana" y de una "cristiandad establecida"—situación en la que el ministerio apostólico recurre a elementos y prestigios del régimen económico, social y político como a normales expedientes pastorales—.

La comprensión y aceptación—penosa o gozosa, ingenua o crítica, en todo caso variable según los grupos y lugares—de un proceso de secularización en la sociedad, va conduciendo a una situación en la que "santificación" no implica "sacralización", con la consecuencia de que el clero tiende a desprenderse del espíritu de casta, inspirado más en el levitismo del Antiguo Testamento que en el ministerio

de la Nueva Alianza. Sobre todo las nuevas generaciones de sacerdotes no quieren comprometerse ya en las operaciones profanas para sacrilizarlas sino para manifestar en ellas, manteniendo la autonomía de los valores terrenos, la presencia de la Iglesia en el mundo.

El sacerdote comprometido de esta manera da una importancia primordial a su papel **profético**, como testigo del Evangelio en un mundo en evolución, o en revolución, para oponerse al orden, o al desorden, establecido. El **criterio** de estas operaciones, en cuanto a valor evangélico y eficacia eclesial, es la referencia al mundo de los **pobres** —queda abierto el problema sobre quiénes con los “pobres” y cuáles deban ser los niveles de acción en ese “campo”: trabajar “con ellos”, “por ellos”, etc—. Sobre todo en los países del llamado “Tercer Mundo” se vive de manera aguda, y a veces conflictiva, la conciencia de que este amor a los pobres, para ser verdadero, implica el **combate por la justicia** —aquí se inserta toda la problemática de la participación política del sacerdote y del recurso a la violencia, la adopción del marxismo como instrumento de análisis y, en general, la temática abordada por la “teología política”, la “teología de la revolución” y la “teología de la liberación”—.

Por otra parte, en el campo que tradicionalmente se ha llamado “espiritualidad” observamos que:

- el acento se carga más sobre la existencia que sobre el rito —considerado éste como repetición, frecuentemente formalista, de

ciertas normas de comportamiento estereotipadas— ;

- se redescubre la significación de la relación sexual;
- se revaloriza la responsabilidad personal frente a la importancia que se le atribuía a la sumisión.

Todo esto ha hecho que, al menos en parte, se oscurezca el testimonio y la función que se le atribuían a la obediencia y a la castidad, aspectos claves de la vida sacerdotal.

Para simplificar, pues los datos fenomenológicos que podrían alargarse muchísimo, podríamos decir que el sacerdote busca reubicar su ministerio, sociológicamente diremos: su “rol”, teniendo en cuenta las perspectivas que se le abren en cuanto a:

- inserción familiar (LO SEXUAL);
- inserción profesional (LO ECONÓMICO);
- inserción política (LO POLÍTICO).

El simple esbozo del problema nos muestra que la actual relación Iglesia-Mundo plantea una crisis de identidad a la Iglesia en su ministerio sacerdotal.

Para un intento de interpretación sociológica de las incidencias del fenómeno del cambio en el ministerio sacerdotal, habría que tener en cuenta:

- la evolución cultural de la sacralidad a la secularidad;
- la Iglesia como institución;
- los efectos del cambio social sobre la institución.

En este breve escrito nos limitamos a buscar las posibilidades que ofrece el concepto sociológico de rol, considerándolo como un instrumento que puede ser útil para el planteamiento de algunos aspectos de la problemática sacerdotal.

La hipótesis de trabajo que está a la base de estas reflexiones es la siguiente: Los actuales cambios en la sociedad nos llevan hacia una diversificación del ministerio sacerdotal.

La Iglesia es una organización, y por serlo presenta una relación articulada, estructurada, entre los distintos puestos que en ella se dan y cuyo conjunto forma la organización.

La sociología de la organización nos dice que el número, la definición y la provisión de los distintos puestos ha de tener su legitimación.

Dentro del catolicismo los ministerios tienen una legitimación teológico-jurídica. Como tal legitimación implica al mismo tiempo las definiciones esenciales de la Iglesia, se hace difícil cualquier cambio meramente funcional en la definición y ordenación del "ministerio". Surge entonces una situación típica cuando urgen cambios que son impedidos por una falta de evolución adecuada de su propia fundamentación teológica. De aquí la necesidad de estudiar con atención el sistema de legitimación teológico de la organización eclesial y de trabajar en la evolución de la doctrina teológica que la justifica.

Un marco de referencia conceptual: el "rol" y el "status".

El "rol" es el papel que la persona desempeña. Es el conjunto de actividades que, dentro de una sociedad, caracteriza el comportamiento de una persona según unas expectativas determinadas.

La posibilidad de libertad está limitada por la definición del rol y la interdependencia de los roles. El hombre puede poseer muchos roles pero debe haber una compatibilidad entre ellos si quiere evitar una situación conflictiva. Estos roles se jerarquizan en torno a un rol-clave. El rol-clave es el que define al individuo.

En nuestra sociedad suele ser el rol profesional.

El "status" es la posición que la persona tiene en el grupo y en la sociedad a la que pertenece. No es correlativo al rol, porque un rol menos importante y necesario puede comportar un status más elevado. Hay dos tipos de status:

— el **status originado**: es el que se tiene automáticamente, sin que medie una intervención del sujeto;

— el **status adquirido**: es el que el individuo obtiene por su esfuerzo; depende de la valoración que la sociedad hace de los resultados del esfuerzo personal de un sujeto.

Nuestra sociedad se caracteriza cada vez más por la prevalencia del status adquirido —la meritocracia— que es hoy marcadamente profesional.

Análoga al status es la situación del **liderazgo**. En la sociedad tradicional la

mayor parte de las funciones, y en especial las funciones de autoridad, estaban asignadas por derecho de nacimiento o en virtud de una investidura de tipo sacral. Se adquiría así una potestad y una especie de "competencia" (**liderazgo originado**).

Hoy la situación ha cambiado. La sociedad moderna se caracteriza por una situación en que la cuna cede terreno a los valores del individuo, en que lo gracioso es menos estimado que lo merecido (situación del **liderazgo adquirido**). Como decía hermosamente Marco Fidel Suárez: "es mejor llegar a ser, que haber nacido siendo".

En esta situación, aunque se admita que la "potestad" del sacerdote está ligada a una investidura de naturaleza distinta a la competencia científica, lo que no se admite es que de tal investidura se derive toda suerte de competencia dentro de la Iglesia o de la sociedad.

Sociológicamente nos acercamos al rol del sacerdote sabiendo que se trata de un rol con importancia básica en la vida de la Iglesia.

Es un rol institucionalizado y que se configura de un modo permanente porque tiende a la satisfacción de una necesidad básica dentro del grupo eclesial. Las modificaciones de un rol se realizan lentamente.

Los grupos se sirven de instituciones para ejercer control. Y aunque los grados de control institucional varían, sin embargo toda sociedad tiene una institución axial, que impone una mayor conformi-

dad y tiene un flujo mayor que el resto. En la Iglesia esta institución es el clero. A este propósito es bien significativo que el clero se haya apropiado el término "eclesiástico". Precisamente uno de los motivos de malestar clerical está en que la Iglesia ha dejado de tener realidad como institución-clave de la sociedad y, a su vez, el sacerdote ve amenazada la posición del rol-clave dentro de la misma Iglesia. La función sacerdotal ya no confiere el status, el poder y el reconocimiento que en otras épocas se le atribuía. En un mundo en desacralización el sacerdote está perdiendo el puesto que ocupaba antes entre quienes constituían la autoridad establecida. (2)

En estos momentos se busca el status en la profesión. Pero el rol profesional está muy fragmentado en nuestra sociedad. La división del trabajo se ha acentuado. La especialización es cada vez más importante. Nos preguntamos entonces: ¿cuál es la especialización del sacerdote? ¿se puede tener competencia sin especialización? ¿el proceso de sacerdotización del ministerio no ha hecho del sacerdote una persona a quien le sobra polivalencia y le falta, por consiguiente, competencia? Puesto que todo no se puede optimizar, la pluralidad de roles y su interdependencia plantean una serie de

(2) *A cambio de lo anterior puede ocurrirle que en ciertas circunstancias se encuentre ocupando el puesto propio de un líder secular; no es éste el caso de los sacerdotes congresistas en los EE.UU. y de la neopolitización del clero en América Latina, con la consiguiente posibilidad de una neoclericalización, esta vez de "izquierda"?*

conflictos a quien por el hecho de ser sacerdote se encuentra con que es liturgo, profeta, consejero moral, guardián de la ortodoxia, dirigente comunitario, maestro, catequista, evangelizador, y muchas otras cosas.

No es éste el lugar para discutir sobre lo "específico" del ministerio sacerdotal, sobre si la función sacerdotal exige o no una dedicación exclusiva o si puede o no ejercerse en el cuadro de una profesión "profana". Simplemente creo que se puede afirmar que la diferenciación de las tareas sacerdotales no es otra cosa que un ejemplo más del fenómeno general de especialización que se va imponiendo en todas las instituciones.

Desde un punto de visto sociológico surge entonces una dificultad seria, y es la siguiente: la función que haya de asumir un individuo no depende únicamente de su elección personal. Se necesita, además, que encuentre un grupo que haya sentido la necesidad de la función elegida, que la sancione psicológica y materialmente y que apruebe las modalidades de su ejercicio, es decir, que apruebe su "figura" (3)

Pero puede ocurrir, y de hecho ocurre, que entre las diversas categorías de personas que integran una población y que normalmente recurren a los servicios del sacerdote, solo algunos grupos o individuos aislados estén dispuestos a sancionar semejante especialización. Como hipótesis de trabajo estoy persuadido de que esa situación de "servicio indiferenciado" se le impone todavía al sacerdote en muchas regiones de Colombia y de América

Latina, pero de todas maneras no creo que esa sea la dirección que nos señala el futuro.

Esto coloca, sin embargo, al rol sacerdotal en una encrucijada de tensiones y exigencias dispares que solo podrán ser superadas mediante una clarificación y una diferenciación de su actual "función" en funciones diversas, cada una con su objetivo preciso, sus exigencias claras y su "figura" bien definida. En este marco se plantea la problemática de la formación sacerdotal. Ciertas desazones no radican tal vez en su falta de perspectiva para una diferenciación de funciones? Pues el carácter insuficientemente diferenciado de la tarea sacerdotal hace que ningún currículum académico pueda preparar satisfactoriamente.

En una especie de consideración en "círculos concéntricos" o en "espiral", consideración en la que se regresa sobre lo mismo, pero ya habiendo recorrido un camino y, por lo tanto, a un nivel más profundo de comprensión, me hago las siguientes preguntas:

(3) *Sociológicamente se llama "figura" al conjunto de modelos que la sociedad en general, o un grupo determinado, imponen al individuo que pretende cumplir una función determinada. Si el individuo se acomoda a los modelos de comportamiento que se espera ha de observar, obtiene en cambio el reconocimiento del grupo.*

¿No encontramos acaso muy buen "alfato" sociológico en algunos responsables de la formación sacerdotal cuando detectan un problema serio en la actual falta de "modelos de identificación" en este campo?

- ¿está en crisis el sacerdocio o el rol sacerdotal?
- ¿cómo se sitúa el sacerdote en una sociedad con predominio de status adquirido?
- ¿cómo se aplica a la crisis del clero la pluralidad de roles y su compatibilidad en la interdependencia?
- en la medida en que el rol profesional y el familiar se han hecho centrales ¿cómo se modifica el status del sacerdote en la Iglesia?
- el rol profesional nos cuestiona si el ministerio sacerdotal es una profesión o no. En caso de respuesta negativa, ¿cómo se define entonces el ministerio sacerdotal? y ¿un ministerio que no ubica profesionalmente hace, sin embargo, incompatible o al menos inconveniente el ejercicio de una profesión? En caso de respuesta positiva ¿cuáles son las actividades del rol sacerdotal?

Al final podemos preguntarnos: y de todo lo anterior ¿qué? ¿cuáles serán las características de un futuro ministerio sacerdotal?

Personalmente no me siento en posesión de los suficientes elementos de juicio para hacer futurología sacerdotal. La inserción social del sacerdote es algo todavía oscuro. Podemos decir que nos encontramos a medio camino entre el sacerdote de ayer y los ministros de mañana. Sin embargo me parece que para un cambio del ministerio sacerdotal, hágase como se haga, habrá que tener en cuenta los siguientes datos de "sensatez sociológica":

— La Iglesia, al igual que todas las organizaciones humanas, tendrá siempre una estructura, ya que ésta no es otra cosa que un conjunto de esquemas establecidos en relaciones que los hombres crean precisamente porque quieren dar un cauce normalizado a su conducta en los aspectos más rutinarios, de forma que luego puedan centrar su atención en las cuestiones más importantes.

— El estilo concreto que haya de presidir la organización de las estructuras dependerá, hasta cierto punto, de la cultura en que se encuentra situada la organización y los dilemas a que haya de responder. El gran problema con que se enfrenta la Iglesia como organización es la tentación de canonizar como esenciales unos esquemas de relaciones que se desarrollaron para hacer frente a las necesidades de una época, pero que ya no responden a las que plantea el tiempo actual.

— La renovación del ministerio sacerdotal, como toda renovación, exige cambios y opciones que se pueden prestar a equívocos y ambigüedades; pero es éste el riesgo que corre quien quiere seguir vivo y útil. Lo contrario es condenarse a una seguridad cadavérica por miedo a equivocarse y, lo que es más triste, ofrecer respuestas de ayer a los problemas de hoy.

— Las fórmulas pastorales no pueden exportarse o importarse. Las situaciones diferenciales exigen posturas diferenciales que deben tomarse con responsabilidad y respeto.

El punto álgido del problema consiste en precisar cómo unos valores tempora-

les que ahora se destacan, podrán ser vividos como mediaciones apropiadas para el ministerio sacerdotal. Pues si bien es cierto que todos los valores temporales son susceptibles de ser mediaciones de nuestro amor a Dios, sin embargo, no todas las

actitudes respecto a los valores temporales tienen la misma eficacia para significar una referencia explícita a Dios.

Rodolfo Ramón de Roux, S.J.

A common factor to all old and contemporary religious families is that they were born within a context where the main aspiration is to live an apostolic life, that is, the ways of community life witnessed by the Gospel related to the primitive christian communities. To live this life and, thus, return to the source of inspiration is the invitation made to all religious people by Vatican Council II.

The primitive apostolic community or koinonia is essentially characterized by the diversity of charismæ for many purposes: it is a diakonia in the koinonia. That is why the apostolic paradigm which is the aspiration of religious life shows an indissoluble union existing between community and ecclesiastical life, and the services and ministries that should be given by those endowed with charismæ for common service.

The life of a religious person, which is based upon a vocation and a charisma, is an authentic service or ministry, both at the level of testimony of life and prophetic testimony and at the level of the services that - on account of his charisma - the religious person must give to the ecclesiastical community. And this is not in the capacity of a clergyman substitute but as someone who has received a real charisma for common well-being.